



La Santa Sede

ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS JÓVENES DE LA ARCHIDIÓCESIS DE ROUEN

Lunes 14 de abril de 1980

Queridos amigos:

Me siento feliz de encontrarme con vosotros, pues me gusta reunirme con jóvenes cristianos, siempre que me lo permite el horario, para ser testigo de su vitalidad humana y religiosa, y alentar su fe. Jesús dijo a Pedro: “Confirma a tus hermanos”. Es lo que estoy haciendo esta mañana junto con vuestro arzobispo y consiliarios, y con las religiosas y laicos que os atienden y a quienes felicito. La evangelización de los jóvenes es siempre una parte importante de nuestro ministerio.

Os dejo dos consignas sencillas. Por una parte, *enrazaos en la fe, en la fe de la Iglesia*. En vuestro caso se trata de acoger el mensaje de Cristo —que no se inventa— y de injertar vuestra vida en la suya, de entrar en relación personal en Él con el Padre y con los hermanos, de reproducir su manera de amar. Esto no lo aprendemos del mundo, al menos no del mundo que duda o no cree o se deja guiar por impresiones o por el placer inmediato. Se necesitan momentos de reflexión y oración entre cristianos, en la capellanía, en el colegio y en la parroquia, en torno a la Palabra de Dios y los sacramentos; hay que volver a encontrar el gran vigor que nos viene de Jesús por los Apóstoles Pedro y Pablo, por santos como Francisco y Clara. Esto es lo que hay que continuar. Así afianzaréis vuestra identidad de cristianos, que de otro se tambalearía y empobrecería.

De otra parte, por este mismo hecho os transformaréis en *testigos de Cristo*. Pues el mundo necesita conocer por vuestro medio la Buena Noticia; por el testimonio de vuestra fe en Jesucristo y vuestra adhesión a la Iglesia —la Iglesia ¡una Madre a quien se ama!—; por la pureza y el gozo de vuestra vida, plenamente dispuesta a acoger a los hermanos, a quienes de verdad sabéis consagrar atención, tiempo y ayuda. Es esta la señal para reconocer a los discípulos.

Pienso que así os preparáis a un apostolado adulto y, si es posible, vivido en equipo. Y espero también que algunos seducidos por Cristo y al ver las inmensas necesidades espirituales de sus hermanos, no vacilarán en consagrarse totalmente a la misión de Cristo. Sí, Cristo os llama a seguirle, hoy como ayer. Me hago eco de su llamada.

Que Cristo sea vuestra alegría fuerza. Os bendigo de todo con vuestros educadores en la fe.